

27/8/56

El Cine Mue ve Una Mano

por Sebastián Salazar Bondy

Si comprobamos que una mano asesina se mueve al impulso de un rencor fecundado en el alma de un hombre por la fuerza persuasiva de una película, estaremos obligados a pensar que los productores cinematográficos llevan sobre sí el peso de una tremenda responsabilidad social. Jorge Castañeda López, quien hace cuatro años diera muerte al japonés Seisho Oshiro y a su hija Juana, ha declarado ante sus jueces que cometió aquel acto criminal poseído por el odio que en su ánimo incubó la cinta "Horizontes en llamas", cuya versión del ataque de Pearl Harbor lo llevó al convencimiento de que todos los súbditos de dicho país oriental eran seres malvados a los que había que castigar. Aunque esta circunstancia no habrá de exculpar al homicida y, además, tal razón quizá sea una estratagema para atenuar el rigor de la ley, es evidente que el apasionado alegato de una película puede hacer estragos en ciertas personalidades débiles, especialmente las de los niños o los adolescentes. No sería ésta la primera vez que Hollywood resulta cómplice de un crimen.

Hace tiempo que la sociología está preocupada por la responsabilidad que le cabe al cine —y, junto con él, a la literatura barata, que parece ser su complemento— en el auge del delito y la corrupción moral del mundo actual. La delincuencia juvenil, la desaprensión ética de las mayorías, el espíritu arrivista que predomina en todos los campos, el recrudescimiento de los prejuicios raciales, la consolidación de las animosidades internacionales y de clase, etc., mucho del amplio cúmulo de males que aqueja a la vida comunal contemporánea, tiene en parte suscitación en las plateadas pantallas de las salas de proyección. Como a ningún espectáculo ha acudido jamás la multitud, al cine asisten los niños y los mayores, los pobres y los ricos, los campesinos y las gentes de la ciudad, y ahí, en ese nuevo ámbito del mito, cultos e ignorantes, sabios y analfabetos, refinados y vulgares, los individuos de uno y otro confin del orbe reciben su sistemática y regular cuota de fantasía. En la búsqueda de los temas, en la premiosa carrera de la competencia, en la fiebre de más y más acción que permita cubrir la creciente demanda, los fabricantes de este opio popular, consciente o inconscientemente, echan mano de toda clase de cuestiones y asuntos, cualquiera que sea su efecto sobre la muchedumbre. La guerra —la faz monstruosa de la guerra— ha sido, en tan peligroso juego, fuente favorita de la nueva locura.

Hace poco, un pensador latinoamericano se preguntaba cuánto del prejuicio racial anti-indígena que hay en nuestro continente se debe atribuir a los famosos films de "cow-boys" que hicieron y siguen haciendo el regocijo de la infancia. Después de todo, en dichas aventuras, los polos del bien y el mal están situados respectivamente en los bravos y generosos colonizadores blancos y en los crueles y salvajes "pieles rojas". Los héroes son precisamente quienes matan a los in-

dios, quienes los destruyen, quienes los arrojan de sus inmemoriales latitudes. Para un niño, cuya imaginación lo inclina a identificarse naturalmente con quien encarna la virtud varonil, el enemigo de su raza, de su civilización, de su mundo, es, a través de estas habituales versiones de la conquista de California, el hombre de color cobrizo, a quien ha de combatirse a sangre y fuego en una especie de guerra santa que justifica cualquier clase de horror. ¿Hubo alguna vez, en estas innumerables cintas de serie, una que mostrara los aspectos positivos —y los derechos— de la población autóctona del Oeste norteamericano? Los mohicanos o los apaches —vale decir, para un niño o un adolescente de nuestro hemisferio, los quechuas o los araucanos— fueron siempre identificados como los representantes de la maldad, del crimen, de la muerte. Causa estupor pensar que varias generaciones se han educado así, en tan intolerante animadversión hacia el indio.

El caso de Jorge López Castañeda puede ser, si se comprueba su veracidad, significativo: una mente elemental, sin criterio propio, carente de ilustración y cultivo, acepta sin discusión la tesis de una película, y en virtud de ella se constituye en instrumento de una venganza. Las circunstancias lo han puesto ante un hombre que él tiene por culpable y del cual, de otra parte, no recibe un tratamiento gentil. Si el cine dice que hay que matar japoneses, deduce que todo el que mate japoneses será consecuentemente un héroe. Los japoneses —es la conclusión— son malos y hay que acabar con ellos. Habría que indagar por ciertas cosas: ¿se afirmó en la película, con claridad, que el Japón agresor estaba gobernado por un grupo de fanáticos? ¿Se dejó bien sentado que se trataba de un país aliado del nazismo, doctrina elaborada por resentidos y anormales? ¿Se especificó convenientemente que el pueblo japonés, como todos los pueblos regidos por una dictadura, marchó a la guerra engañado por sus dirigentes? A los productores de Hollywood únicamente les interesa, en este u otro caso, mostrar ese ángulo del conflicto que despierta los instintos sádicos, que complace la morbosidad general, que exacerba, como una droga, la recóndita pasión sanguinaria de los hombres. Tal vez no pensaron, como nunca lo suelen pensar, en el daño que para la solidaridad humana podía tener una historia bélica de índole maliciosa o parcial.

Toda idea de censura es odiosa. Sin embargo, contra la nefasta influencia del cine parece hoy imponerse en la propia Norteamérica la idea de que es urgente impedir que de los estudios salgan al mundo creaciones que son, a la postre, demostraciones gratuitas de la falacia que sostiene que todos somos asesinos. Todos, porque cuando alguien friamente líquida a otro, debido a la convicción que una película, un libro o una consigna pública le inspiraron, es la sociedad la que comete el delito y es ella la que debe purgarlo.